



Revista Mexicana de Ciencias Políticas y
Sociales

ISSN: 0185-1918

articulo_revmpys@mail.politicas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México
México

Waldman, Gilda

Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1999: contextos históricos y reflexiones críticas
Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, vol. XLIV, núm. 178, septiembre-abril, 2000, pp.
277-293

Universidad Nacional Autónoma de México
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42117810>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1999: contextos históricos y reflexiones críticas

GILDA WALDMAN

Resumen

Este artículo analiza comparativamente los contextos históricos en los cuales se desarrollaron en México los movimientos estudiantiles en los años de 1968 y 1999. El texto se centra en las condiciones económicas, políticas y culturales presentes en las décadas de los sesenta y noventa para explicar el surgimiento y las características de cada uno de los movimientos y enfatizar las nociones de "futuro" existentes en cada uno de los contextos analizados.

Abstract

The article comparatively analyzes the historical frameworks within which the 1968 and 1999 student movements in Mexico developed. The text focuses on the economic, political and cultural conditions present during the decades of the 1960s and 1990s to explain the rise and characteristics of each movement and emphasizes the notions of "future" existing in each of the frameworks analyzed.

Desde sus inicios, el movimiento estudiantil surgido en 1999 en la UNAM a partir de la aprobación de un nuevo reglamento de pagos, se asumió como heredero del movimiento del 68. El nombre mismo—Consejo General de Huelga—evocaba al legendario Consejo Nacional de Huelga de aquel año. Los seis puntos del pliego petitorio planteados en abril de 1999 recordaban lo que había sido el pliego petitorio del anterior movimiento estudiantil publicado el 4 de agosto de 1968, y la efigie del Che enarbolada como bandera de lucha ligaba directamente al recientemente creado movimiento con una filiación generacional para la cual el Che había guía de su derrotero político y existencial.

Ciertamente, los acontecimientos del 68 sacudieron la conciencia moral del país, abrieron las puertas a las más importantes transformaciones sociales y políticas experimentadas por México durante los últimos años, y permearon el imaginario social de varias generacio-

nes de mexicanos durante este periodo. Hoy, la generación del **68** se encuentra ubicada en todos los ámbitos de la vida social del **país**,¹ para muchos de sus **participantes**, quizá el movimiento aparezca como un símbolo agrí dulce de sueños y **frustraciones**.² La nostalgia trágica del 68, fortalecida por las preguntas **pendientes**,³ ha contribuido a alentar la mitología del movimiento y a cautivar el **imaginario** de escritores y periodistas, a pesar de los matices interpretativos críticos elaborados posteriormente por figuras clave de aquel **movimiento**.⁴

En este sentido, y a pesar de que entre el **68** y el **99** existe una generación de diferencia, no es sorprendente que el movimiento estudiantil de **1999** haya intentado recuperar con intensidad la herencia de aquellos hechos emocionantes y trágicos, emulando el espíritu combativo de los jóvenes del **68** y rescatando aquel momento inconcluso de voluntad crítica y capacidad de disentir que fue aplastado en la Plaza de las Tres Culturas.

Existen, ciertamente, similitudes entre los movimientos estudiantiles de **1968** y **1999**. La primera, de carácter interno: las carreras y escuelas de proveniencia de los principales líderes de ambos movimientos son las mismas (Economía, Ciencias, Ciencias Políticas y Filosofía). La segunda es de alcance más amplio: ambos movimientos tuvieron lugar en periodos de sucesión presidencial. Sin embargo, existen diferencias sustantivas entre ambos, y la comparación resulta inevitable. En primer término, en **1968** la **UNAM** era el centro educativo principal de las élites mexicanas. En segundo lugar, en **1968** se involucraron numerosas instituciones de educación superior del Distrito Federal en una amplia red de solidaridad estudiantil. En tercer término, en aquel año el conflicto fue más allá de los muros universitarios y las calles fueron el espacio de una amplia participación social. Finalmente, el movimiento del **68** no estuvo dirigido contra la burocracia universitaria (la cual, más bien, lo apoyó) ni tampoco se **cerraron** salones de clase ni oficinas administrativas. Pero, fundamentalmente, el movimiento estudiantil del **68** y el del **99** se dieron

Héctor de Mauleón, "¿Dónde estaban y dónde están?" *Nexos*, núm. 249, septiembre 1998, pp. 51-63.

² Luis González de Alba, "México: la fiesta y la tragedia", *Letra Internacional*, núm. 55, marzo-abril 1998, pp. 52-60.

³ Jaime Ramírez Garrido, "1968: Crónica de los archivos bajo llave", *Nexos*, núm. 249, septiembre 1998, pp. 65-72.

⁴ Luis González de Alba, *op. cit.*

en contextos históricos, sociales, económicos, políticos y culturales diferentes. Más allá de la dinámica interna de cada uno de los movimientos, analizar el entorno social, político y cultural en el cual ambos se **gestaron** y desarrollaron resulta ser una tarea esencial, a riesgo de caer en una emocionalidad simplificadora que resulte insuficiente para la comprensión del reciente conflicto estudiantil.

1968 marca una fecha clave y simbólica en la historia de la segunda mitad del siglo XX. En ese año coincidieron, inesperadamente, una serie de movimientos estudiantiles separados espacialmente, pero unidos, en lo esencial, por intereses y demandas similares. De París a Praga, de Berlín a México, de **Berkeley** a Madrid —a pesar de las peculiaridades distintivas que el movimiento estudiantil asumió en cada país— los jóvenes compartieron el anhelo de libertad frente a sociedades rígidas y autoritarias, el cuestionamiento de anquilosadas estructuras de poder, la crítica a democracias que demostraban su insuficiencia, y la valoración de la responsabilidad solidaria frente al individualismo y la competencia. Convertidos en sujetos activos de la historia, los jóvenes en todo el mundo convirtieron a la calle y los adoquines en un símbolo; con un discurso fresco e imaginativo, propugnaron por una revolución sin armas que transformase a la sociedad y a los sistemas educativos. Los jóvenes del 68 rechazaron el orden establecido de un presente para ellos inaceptable, e hicieron cobrar vida al futuro para crear la posibilidad de un mundo venidero distinto y **mejor**.⁵

El movimiento estudiantil del 68 —caracterizado por el historiador británico Eric Hobsbawm como la gran revolución cultural del siglo XX— dirigió sus críticas contra un mundo donde continentes enteros vivían en la miseria física y moral, contra gobiernos que ejercían el poder justificándose ante la amenaza de un "enemigo externo" y contra modelos políticos de eterna permanencia en el poder. En los países socialistas, las críticas fundamentales se dirigieron al orden comunista impuesto por el **Kremlin** y a la corrupción de la idea de libertad en el socialismo "realmente existente". En los países occidentales industrializados, los dardos se enfocaron a criticar la racionalidad instrumental del capitalismo, el orden sofocante de una moral puritana, las limitaciones de la función redistribuidora

⁵ Jorge Volpi, *La imaginación al poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998.

e igualadora del Estado, la saturación de riquezas del mundo industrial a costa de países subdesarrollados que carecían de lo elemental, la separación tajante entre lo histórico y lo cotidiano, y la inexistencia de un contrato social más acorde con los deseos y necesidades de los jóvenes. En Francia, el movimiento estudiantil, profundamente crítico de un mundo social conservador que alentaba el aburrimiento como destino colectivo y de un orden cultural que había olvidado las promesas humanistas de Sartre o Camus, rebasó a los partidos de izquierda y a las organizaciones políticas tradicionales.⁶ En Alemania, el movimiento estudiantil luchaba por crear instituciones políticas más democráticas e incidir sobre la enseñanza universitaria para ir más allá de la educación especializada o tecnocrática. En Estados Unidos, el movimiento estudiantil se dirigió en contra de la guerra de Vietnam, la discriminación racial y el falta de consolidación de los derechos civiles. En este país, la rebeldía del movimiento estudiantil confluó con la de otros movimientos sociales, en una atmósfera de violencia política que coincidió con la crisis en el imaginario social de uno de los principios fundamentales de la sociedad norteamericana: la de vivir en democracia.

En los países industriales avanzados, fueron diversos los factores que desencadenaron la revuelta estudiantil. Por una parte, el extraordinario crecimiento de la economía en la década de los sesenta, ligado con las políticas de aliento a la educación generadas por el Estado de Bienestar expandieron de manera notable el sistema universitario; éste no estaba capacitado, ni académica ni organizativamente, para atender la enorme demanda de profesionales que el crecimiento económico y las expectativas de movilidad social requerían; ello se tradujo en inconformidades estudiantiles en contra de las autoridades académicas, que se hicieron luego extensivas a toda forma de autoridad.⁸ Por otra parte, la brecha generacional entre los estudiantes —hijos de la posguerra— y sus padres —testigos, actores y víctimas de la segunda conflagración mundial— se expresó en una "puesta a prueba" por parte de los jóvenes de lo que aparecía a sus ojos como una deslegitimada generación anterior. Si bien podían

⁶ Nicolás Casullo, *París 68. Las escrituras, el recuerdo y el olvido*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

⁷ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx*, Buenos Aires, Crítica, 1998, capítulos 9 y 10.

⁸ *Ibid.*, cap. 10.

en contextos históricos, sociales, económicos, políticos y culturales diferentes. Más allá de la dinámica interna de cada uno de los movimientos, analizar el entorno social, político y cultural en el cual ambos se **gestaron** y desarrollaron resulta ser una tarea esencial, a riesgo de caer en una emocionalidad simplificadora que resulte insuficiente para la comprensión del reciente conflicto estudiantil.

1968 marca una fecha clave y simbólica en la historia de la segunda mitad del siglo XX. En ese año coincidieron, inesperadamente, una serie de movimientos estudiantiles separados espacialmente, pero unidos, en lo esencial, por intereses y demandas similares. De París a Praga, de **Berlín** a México, de **Berkeley** a Madrid —a **pesar** de las peculiaridades distintivas que el movimiento estudiantil asumió en cada país— los jóvenes compartieron el anhelo de libertad frente a sociedades rígidas y autoritarias, el cuestionamiento de anquilosadas estructuras de poder, la crítica a democracias que demostraban su insuficiencia, y la valoración de la responsabilidad solidaria frente al individualismo y la competencia. Convertidos en sujetos activos de la historia, los jóvenes en todo el mundo convirtieron a la calle y los adoquines en un símbolo; con un discurso fresco e imaginativo, propugnaron por una revolución sin armas que transformase a la sociedad y a los sistemas educativos. Los jóvenes del 68 rechazaron el orden establecido de un presente para ellos inaceptable, e hicieron cobrar vida al futuro para crear la posibilidad de un mundo venidero distinto y **mejor**.⁵

El movimiento estudiantil del 68 —caracterizado por el historiador británico Eric Hobsbawm como la gran revolución cultural del siglo XX— dirigió sus críticas contra un mundo donde continentes enteros vivían en la miseria física y moral, contra gobiernos que ejercían el poder justificándose ante la amenaza de un "enemigo externo" y contra modelos políticos de eterna permanencia en el poder. En los países socialistas, las críticas fundamentales se dirigieron al orden comunista impuesto por el **Kremlin** y a la corrupción de la idea de libertad en el socialismo "realmente existente". En los países occidentales industrializados, los dardos se enfocaron a criticar la racionalidad instrumental del capitalismo, el orden sofocante de una moral puritana, las limitaciones de la función redistribuidora

⁵ Jorge Volpi, *La imaginación al poder. Una historia intelectual de 1968, México, Era, 1998*

e igualadora del Estado, la saturación de riquezas del mundo industrial a costa de países subdesarrollados que carecían de lo elemental, la separación tajante entre lo histórico y lo cotidiano, y la inexistencia de un contrato social más acorde con los deseos y necesidades de los jóvenes. En Francia, el movimiento estudiantil, profundamente crítico de un mundo social conservador que alentaba el aburrimiento como destino colectivo y de un orden cultural que había olvidado las promesas humanistas de Sartre o Camus, rebasó a los partidos de izquierda y a las organizaciones políticas tradicionales.⁶ En Alemania, el movimiento estudiantil luchaba por crear instituciones políticas más democráticas e incidir sobre la enseñanza universitaria para ir más allá de la educación especializada o tecnocrática. En Estados Unidos, el movimiento estudiantil se dirigió en contra de la guerra de Vietnam, la discriminación racial y el falta de consolidación de los derechos civiles. En este país, la rebeldía del movimiento estudiantil confluyó con la de otros movimientos sociales, en una atmósfera de violencia política que coincidió con la crisis en el imaginario social de uno de los principios fundamentales de la sociedad norteamericana: la de vivir en democracia.

En los países industriales avanzados, fueron diversos los factores que desencadenaron la revuelta estudiantil. Por una parte, el extraordinario crecimiento de la economía en la década de los sesenta, ligado con las políticas de aliento a la educación generadas por el Estado de Bienestar expandieron de manera notable el sistema universitario; éste no estaba capacitado, ni académica ni organizativamente, para atender la enorme demanda de profesionales que el crecimiento económico y las expectativas de movilidad social requerían; ello se tradujo en inconformidades estudiantiles en contra de las autoridades académicas, que se hicieron luego extensivas a toda forma de autoridad.⁸ Por otra parte, la brecha generacional entre los estudiantes —hijos de la posguerra— y sus padres —testigos, actores y víctimas de la segunda conflagración mundial— se expresó en una "puesta a prueba" por parte de los jóvenes de lo que aparecía a sus ojos como una deslegitimada generación anterior. Si bien podían

⁶ Nicolás Casullo, *París 68. Las escrituras, el recuerdo y el olvido*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

⁷ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, capítulos 9 y 10.

⁸ *Ibid.*, cap. 10.

reconocer que dicha generación había corrido el riesgo de perecer en esa **guerra**,⁹ los jóvenes del 68 también interrogaron a sus padres sobre su culpa histórica: el nazismo en Alemania, el colaboracionismo en Francia, o el franquismo en España. La "contra-cultura" política, social e ideológica desarrollada por los jóvenes del 68 —amparados por la memoria de la Comuna de París y la toma del Palacio de Invierno en 1917— exigió una vasta operación revolucionaria que pasaba, necesariamente, por "el asesinato del padre", tanto el biológico como el académico. En relación con el primero, el descontento de los jóvenes no fue aminorado ni siquiera por la conciencia de vivir en tiempos mejores que los de sus padres. En cuanto al segundo, 1968 fue una arremetida implacable contra los **mandarines** de la cultura. Recuérdese, por ejemplo, las actitudes críticas y provocadoras de los estudiantes alemanes hacia T.W. Adorno, uno de los más severos críticos de las sociedades avanzadas industriales y mentor espiritual de los jóvenes universitarios de la **época**.¹⁰

Uno de los rasgos fundamentales de la explosión estudiantil de 1968 fue el hecho de que se produjo en el momento culminante de una expansión a nivel mundial, en la que el crecimiento económico, el pleno empleo, los beneficios de la revolución tecnológica y el consenso social aparecían como incuestionables. Pero, paradójicamente, la revuelta estudiantil de los sesenta se dio en un peculiar clima intelectual y político: la guerra de Vietnam mostraba la peor cara del imperialismo norteamericano; la muerte de Martin Luther **King** parecía marcar el fin de la posibilidad de una resistencia pacífica; la revolución cubana hacía renacer las expectativas revolucionarias; la Tricontinental organizaba el apoyo a los movimientos armados del Tercer Mundo; las revoluciones anticolonialistas (Argelia, Vietnam) pretendían extenderse a todo el mundo; la muerte del Che lo convertía en símbolo del guerrillero que lucha por crear un "hombre nuevo"; la música de los Beatles expresaba lo que los jóvenes sentían y deseaban poner en práctica; los artistas salían a la calle para dejar atrás su torre de marfil y extraer del mundo social su potencia

⁹ Véase por ejemplo Yair Auron, *Les juifs d'extreme gauche en mai 68*, París, Editions Albin Michel, 1998.

¹⁰ Véase al respecto Guillermo Delahanty, *Nostalgia y pesimismo. Teoría crítico-musical de T. W. Adorno*, México, UAM-1, 1986.

creadora e imaginativa;" teóricos como Marcuse ampliaban el pensamiento de **Marx** criticando a la civilización occidental también a través de los aportes de Freud, y el movimiento hippie — con el colorido de sus ropas y el largo de sus cabello — cultivaba el uso de la droga, propugnaba por un mundo en paz, ejercía la libertad sexual y se acercaba a las religiones orientales.¹² Así, por ejemplo, las ideas igualitarias y revolucionarias del mayo francés se entrelazaron con las campañas de derechos civiles en Estados Unidos, con la solidaridad intelectual con Cuba, con la protesta contra la guerra de Vietnam, con la lucha contra la dictadura en España, con el despertar antiestalinista en Checoslovaquia y con los movimientos de liberación en América Latina. Según Eric Hobsbawm,¹³ la revolución cultural promovida por los jóvenes tuvo tres características esenciales. En primer término, la juventud dejó de concebirse como una fase preparatoria de la vida adulta y se interpretó a sí misma como etapa final del desarrollo humano. ("No confíes en alguien de más de treinta"). En segundo lugar, los valores juveniles se volvieron los valores dominantes en la sociedad; y, finalmente, la cultura juvenil se internacionalizó no sólo gracias a la moda y los medios de comunicación, sino también porque expresaba sensibilidades y estilos de vida comunes.

En México, el movimiento estudiantil se insertó, ciertamente, en el clima cultural de la década de los sesenta:¹⁴ el rock constituía ya parte de la "contracultura" como expresión de una actitud rebelde, los valores del movimiento hippie habían impregnado las actitudes de los jóvenes mexicanos y un nuevo lenguaje descarnado asumía una dimensión subversiva. Sin embargo, el movimiento en México tuvo un carácter eminentemente político,¹⁵ convirtiéndose en el protagonista de la protesta antiautoritaria contra el control vertical de la sociedad, el autoritarismo político, el presidencialismo, la supresión de la disidencia y la preeminencia absoluta del Partido Revo-

¹¹ Véase por ejemplo Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Nueva York, Basic Books Publishers, 1978.

¹² Volpi, *op. cit.*

¹³ Hobsbawm, *op. cit.*, capítulo 11.

¹⁴ Recuérdese por ejemplo la visita de Marcuse en 1966 a los cursos de invierno organizados por la entonces Escuela de Ciencias Políticas y Sociales.

¹⁵ Sergio Zermeno, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI, 1978.

lucionario Institucional, En el México de los sesenta, caracterizado por un “desarrollo estabilizador que alentaba un sostenido crecimiento económico que alcanzaba al 6 por ciento anual,¹⁶ el movimiento estudiantil no cuestionó los logros de lo que se conocía ya como “el milagro mexicano” y que garantizaba, en gran medida, su propio futuro, sino que se centró en el ejercicio de los derechos civiles exigiendo lo que el Estado, de palabra, ofrecía: cumplimiento de la Constitución, democracia, apertura política, etcétera. Si bien previamente algunos movimientos sociales - como el de ferrocarrileros, maestros y médicos - habían lanzado focos rojos sobre la difícil relación entre Estado y sociedad, los dardos del movimiento estudiantil se enfilaron principalmente en contra del sistema político mexicano, negando al Estado fuerte y todopoderoso, reivindicando la libertad de expresión y el fortalecimiento de la sociedad civil. Formado mayoritariamente por jóvenes de clase media como producto de las políticas estatales de tres décadas que habían industrializado y urbanizado al país creando fuertes sectores medios con aspiraciones hacia la educación superior como canal de movilidad social,¹⁷ el movimiento logró la adhesión de personas de diferentes ideologías. En medio del clima intelectual de una universidad en la que se habían refugiado intelectuales y dirigentes de izquierda, sus exigencias no se refirieron estrictamente a demandas educativas sino que rebasaron cualquier particularismo, y se dirigieron al “pueblo” en general. Sin presentar un programa político propio, el movimiento estudiantil denunciaba la falta de democracia en el país, que no ofrecía cauces de participación social ni posibilidad de disentir ni ejercer derechos ciudadanos. Permeado por un espíritu festivo, el movimiento estudiantil constituyó también una revuelta libertaria que desafió normas sociales y **desacató** la moral puritana de una sociedad todavía un tanto provinciana.

Es de todos conocido que Octubre de 1968 marcó el fin del movimiento estudiantil en México. Pero ya a fines de mayo de aquel año los tanques del general De Gaulle a las puertas de París anticipaban lo que sería el fin de la primavera de Praga o lo que sucedería en la Plaza de las Tres Culturas en México. Sin embargo, el impacto

¹⁶ Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, México, Cal y Arena, 1988, p. 30.

¹⁷ Luis Medina, *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994*, México, FCE, 1994.

del movimiento estudiantil fue también de un enorme alcance. Aunque una parte de los dirigentes estudiantiles en Alemania e Italia formaron durante la década de los setenta organizaciones terroristas clandestinas, la mayor parte de los líderes crearon movimientos ciudadanos y organizaciones no gubernamentales.¹⁸ En Francia, mayo del 68 estuvo presente, sin duda, en el origen de la caída del general De Gaulle, así como en la renovación del partido socialista y de una izquierda dispuesta a abrir nuevos aires a la democracia; en Checoslovaquia, la primavera de Praga ganó la batalla al caer el Muro de Berlín y ser electo presidente Vaclav Havel, uno de los líderes de la disidencia de 1968; las caídas de las dictaduras europeas (Grecia, Portugal y España) estuvieron permeadas por lo acontecido en 1968; en Estados Unidos, el movimiento en pro de los derechos civiles empujó a los negros a lanzarse a la carrera política; en México, la reforma política implementada por el secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles durante la primera parte del sexenio del presidente José López Portillo, así como los avances posteriores en la transición democrática, están indudablemente ligados a las demandas estudiantiles del 68.

La rebelión propugnada por los jóvenes del 68 sembró el terreno para fenómenos que se consolidaron unos pocos años más tarde: la reivindicación de los derechos de las mujeres, el derecho al trabajo y la reorganización del ocio, las políticas antinucleares, los movimientos ecologistas, la tolerancia a manifestaciones culturales diferentes, la aceptación de los homosexuales, el respeto a la diversidad, el reconocimiento a la pluralidad, la libertad sexual, el énfasis en la democracia, etcétera.

Ciertamente, después de 1968 el mundo no pudo continuar igual. Sin embargo, treinta años después se habían revertido todas las expectativas revolucionarias de aquella década. La política conservadora del papa Juan Pablo II, reforzada por la amenaza del sida, dio marcha atrás a la permisividad sexual. El impulso revolucionario se debilitó en medio de una crisis que eliminó la bonanza económica que había alentado la rebelión estudiantil. El declive del Estado benefactor dejó sin enemigo a la contracultura. Los problemas ecoló-

¹⁸ Dany Cohn-Bendit, *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1998.

gicos, las hombrunas, el agotamiento de tierras, la contaminación de mares y aire, las guerras biológicas y la extinción de la biodiversidad evidenciaban la finitud de la idea de futuro. El genocidio de Pol Pot obligaba a revisar la utopía libertaria. El desastre al que se dirigía el proceso descolonizador de África demostraba la inexistencia de paraísos perdidos. El rumbo que tomaba la revolución argelina demostraba que no necesariamente la razón había triunfado sobre la opresión. Aquella niña que corría desnuda huyendo del napalm en una fotografía ya legendaria es ahora una mujer que vive, por cierto, en Estados Unidos. El régimen de Vietnam, ya reunificado, construyó una dictadura. La caída del Muro de Berlín disolvió los componentes ideológicos de los que habían sido los principales modelos políticos de la segunda mitad del siglo XX. El "socialismo con rostro humano" era anulado por las glorias del mercado que arrastraba consigo al socialismo real. El fracaso de las esperanzas revolucionarias dio paso a la reformulación de la democracia como única vía posible. La multiplicación de conflictos locales a partir del fin del comunismo desmentía el anhelo estudiantil de "amor y paz". El equilibrio inestable de la guerra fría y la amenaza nuclear daba paso a la guerra civil como forma fundamental de los conflictos armados. La violencia convertida en un fin en sí misma ponía fin a la idea de solidaridad. Las preocupaciones individuales han reemplazado a los intereses colectivos de los sesenta y la obsesión por la salud física, a la indiferencia ante el cuerpo. La esfera privada se ha revitalizado a costa de la experiencia comunitaria. Los experimentos pacifistas cedieron su lugar al principio del esfuerzo individual. El agotamiento de las esperanzas revolucionarias se ha traducido en despolitización. Muchas palabras han desaparecido del horizonte idiomático: "imaginación" ha sido reemplazada por "pragmatismo"; "internacionalismo" por "identidad nacional". La "sociedad abierta" ha dado paso, al menos en Europa, al rostro del racismo y la xenofobia. Del rechazo a la "sociedad productiva" se pasó a la sociedad sin empleo. De la búsqueda de una sociedad permisiva, a familias disgregadas. El grito de miles de jóvenes que acompañó a Daniel Cohn Bendit cuando el gobierno francés prohibió su regreso al país por ser hijo de refugiados judío-alemanes, "todos somos judíos alemanes", ha dado paso a otro grito: "Francia para los franceses", "Alemania para los alemanes". El uso de la droga se ha convertido en un mal social; la rebeldía en la música ha sido

coptada por el consumo. La generación rebelde de los sesenta, que creyó poder fundir su vida en el curso de la historia, ha dado paso a la "Generación X".¹⁹ Los rebeldes del 68 rigen hoy los destinos de muchos países, pero la propuesta utópica sobre el futuro planteada por una generación que llegó a la vida pública en un periodo de intensa efervescencia ideológica y cultural ya no tiene cabida en una "época de postilusiones, posrevolucionaria, pospolítica, posideológica y posmoderna".²⁰

Ciertamente, ha sido la reorganización económica la que ha transformado con mayor profundidad y celeridad al mundo en los últimos treinta años. El proceso de **globalización** cuestiona, de hecho, los presupuestos y certidumbres básicos del modelo de sociedad industrial. La reorganización productiva-tecnológica en el marco de una economía globalizada y competitiva lleva a la expulsión del trabajo humano, en una escala inédita y de manera continua, en todos los sectores de la producción, tanto agrícolas e industriales como de servicios. El desempleo aumenta permanentemente en los países **desarrollados**²¹ y cada vez un gran número de personas se ve obligada a aceptar trabajos de tiempo parcial, discontinuos y precarios, ampliándose las zonas de pobreza y de **exclusión**.²² Las empresas transforman su estructura mediante la reorganización científica del empleo para conservar únicamente un núcleo de asalariados de jornada completa. La irrupción de las tecnologías de información convierte a todos los individuos de los países industrializados en desempleados en potencia, independientemente de sus títulos o profesiones. La modificación en los mercados de trabajo se ha traducido, así, en una disminución de los empleos remunerados y en un aumento de los trabajos por cuenta propia, sin seguridad social ni laboral. El paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar ha dejado a la intemperie a quienes hasta ahora gozaban, relativamente, de salud y educación aseguradas porque tampoco el Estado puede asumir un

¹⁹ Douglas Copland, *La generación X*, España, Ediciones BSA, 1995.

²⁰ Casullo, *op. cit.*, p. 146.

²¹ Las economías de la Unión Europea, por ejemplo, no obstante que están creciendo a una tasa de 3 por ciento, aproximadamente, no generan empleo, lo que ha determinado que la desocupación se haya estancado a un nivel elevado. En España la tasa de desocupación es de 23 por ciento, en Bélgica de 15 por ciento, y en Dinamarca, Francia e Italia es de más del 10 por ciento.

²² Hobsbawm, *op. cit.*, capítulo 14.

papel de protección social. Al mismo tiempo, el debilitamiento del Estado se ha traducido en un debilitamiento de las instituciones tradicionales de mediación (iglesias, partidos y sindicatos y familia, esta última modificada radicalmente por incorporación de la mujer al mercado de trabajo, la erosión del patriarcalismo, la aceptación de nuevas formas de agrupación familiar y la posibilidad de diversas formas de reproducción). Asimismo, y de manera paradójica, la era de la globalización ha ido acompañada del resurgimiento de las identidades singulares como principio básico de vida personal y de movilización social²³ (Castells). En este sentido, la preocupación por las grandes transformaciones sociales o por las revoluciones políticas trascendentales ha dado paso a inquietudes concretas y al surgimiento de movimientos sociales con demandas particulares. Siguiendo a Lipovetsky,²⁴ cabría agregar que en las sociedades de fin de siglo, las instituciones se encuentran desacreditadas, las ideologías políticas no entusiasman y los proyectos históricos no aparecen dotados de significación.

En esta nueva realidad -caracterizada por la incertidumbre económica, el fin del Estado benefactor, el declive histórico de las grandes construcciones político-ideológicas del siglo, la incredulidad ante las promesas de un mundo mejor, la desintegración de los mecanismos de cohesión social, la creciente brecha entre las instituciones estatales y la sociedad civil, y el desgastado discurso de los partidos políticos— el horizonte social y existencial de los jóvenes es incierto y pesimista. Crisis y cambio son los conceptos definitorios que han marcado a la última generación del siglo XX en todo el planeta. Se trata de una generación amenazada por el sida, que debe enfrentar un mundo organizado por el mercado, nuevas formas de participación política y social, el resquebrajamiento de paradigmas teóricos e ideológicos, la dificultad para constituir su hogar propio fuera del ámbito paterno, el auge de las ocupaciones temporales, el fin de las oportunidades laborales, y fundamentalmente, como el problema más grave —ya sea en países ricos o po-bres— el desempleo. "Un estudio reciente de la OCDE señala que la tasa de desempleo entre los jóvenes de menos de 25 años excede, de dos a tres veces, la

²³ Manuel Castells, *La era de la información*, vol. II, México, Siglo XXI, 1999.

²⁴ Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 1994.

exorbitante tasa media de empleo".²⁵ Frente a este limitado horizonte de incorporación y desarrollo de los jóvenes a las actividades productivas — sociales, políticas y culturales — no es de sorprender que se cree una nueva cultura juvenil reactiva, desencantada, nihilista, inserta en un mercado de bienes simbólicos, fascinada por el consumo rápido, guiada por aspiraciones inmediatas y por una fobia contra la miseria de las opciones vitales o la opacidad de la cotidianidad inmediata.

Ciertamente, en este entorno puede darse una notable recuperación de manifestaciones culturales del pasado (música, cine o moda o gustos, por ejemplo), permeadas por una nostalgia encantada del pasado. Así, por ejemplo, en Francia, una encuesta realizada en 1992 entre jóvenes franceses entre 18 y 25 años, señalaba que, a diferencia de lo jóvenes sublevados en 1968 que lo criticaban sin piedad, extrañaban el Estado social de bienestar. Según ellos, la vida había sido mejor para sus padres: éstos habían disfrutado de mayor confianza en el porvenir, más optimismo, menos problemas financieros y una vida amorosa más plena.²⁶ Pero también pueden generarse reacciones coléricas como la que se dio en Francia en 1994, cuando violentas manifestaciones estudiantiles pusieron de manifiesto que, a diferencia de 1968, los jóvenes ya no querían ser promotores del cambio sino más bien insertarse en el nuevo contexto social. Si bien la gigantesca movilización juvenil en las calles parecía recordar lo acontecido en 1968, no era así. En aquel año, en una sociedad con 300 000 desempleados, toda una generación dijo "no" a la vieja sociedad y rechazó la integración al sistema. En 1994, con tres millones de desempleado y sabiendo que de cien jóvenes de 15 a 17 años, sólo 7 tendrían un buen empleo, la revuelta juvenil de 1994, carente de sueño y alegría, era un grito de desesperación en contra de la exclusión, el desempleo y el miedo al porvenir.²⁷

México también ha entrado en sintonía con los grandes vuelcos que ha experimentado el mundo y el país ha sufrido, en los últimos

²⁵ Rafael Izquierdo, "Juventud y empleo: entre la escuela y el trabajo", en Rafael Codera (comp.), *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, México, UNAM, 1996, p. 118.

²⁶ *Levements du jeudi*, mayo 1993.

²⁷ *Le Nouvel Observateur*, 17.23 marzo, 1994. Como reacción a este movimiento, el gobierno tuvo que derogar una ley que pretendía reducir en un tercio el salario mínimo profesional de los jóvenes de nuevo ingreso al mercado de trabajo, reconociendo que los jóvenes buscaban un empleo y no una situación temporal mal remunerada.

años, profundos cambios en todos los órdenes de la vida social. Parte sustancial de estos cambios se han dado en la esfera política. La reforma política ha significado, indudablemente, un cambio en las legislaciones electorales, pero más que eso, ha producido transformaciones profundas en la estructura del Estado, en la vida política del país, en el sistema de partidos y en la participación de la sociedad en la vida pública. El presidencialismo se ha debilitado, así como también la hegemonía del partido dominante que ha dado paso a un pluripartidismo político; la distribución política del país se ha transformado radicalmente, con una fuerte presencia de gobernadores de oposición y un Congreso plural. La participación de nuevos actores sociales en la vida política ha ampliado la democracia y ha fortalecido los controles necesarios para vigilar el ejercicio del poder a través de acuerdos de civilidad política. Los medios de comunicación han ocupado espacios críticos y de reflexión, y la creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos ha institucionalizado el respeto a los mismos. Políticamente, es innegable que México vive un proceso significativo de institucionalidad política, expresado, por ejemplo, en la libertad de expresión, la existencia de partidos competitivos, un proceso de normalización de elecciones, mayor credibilidad del voto, etcétera.²⁸ En el ámbito económico, México se ha incorporado ineluctablemente a la nueva lógica de la globalización. El Estado interventor posrevolucionario, caracterizado por un fuerte intervencionismo y el control corporativo de los principales actores económicos, ha dado paso a una nueva fase de integración a la economía mundial, ligado con la inserción en una revolución productiva, tecnológica e informacional. La naturaleza del crecimiento económico ya no proviene del desarrollo hacia adentro, alentado por un Estado proteccionista, sino de la liberalización y la apertura económicas en las que el Estado asume sólo un papel orientador y regulador. Los costos de ajustarse a los nuevos paradigmas y requerimientos de la globalización han sido altos: creciente desigualdad, rezago social,²⁹ vulnerabilidad del crecimiento, fragilidad de los sistemas financieros, y menor compromiso del Estado en materias

²⁸ Luis Medina, *op. cit.*

²⁹ Véase al respecto Julio Bolvitnik, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, México, Siglo XXI, 2000.

de vivienda, salud, educación y **empleo**.³⁰ En este entorno, la situación de los jóvenes adquiere una connotación paradójica. En el nuevo contexto económico, sustentado en el desarrollo de sectores de capital intensivo en los que no existe la posibilidad de generar un número suficiente de oportunidades laborales, México requiere crear más de un millón de empleos al año para que se integren al mercado laboral los jóvenes que concluyen sus estudios. El crecimiento demográfico de los jóvenes en los años sesenta y setenta'' así como la expansión de la educación primaria, media básica y media superior durante esos años, ha generado una enorme presión sobre los requerimientos de educación superior y sobre el mercado laboral, precisamente cuando el país ha reducido su capacidad de **crecimiento**.³² Por otra parte, si bien la oferta de educación superior se ha ampliado, no ha podido satisfacer o incrementar la atención a la demanda social ni ha sido acompañada de reformas académicas adecuadas a un mercado laboral que requiere nuevas capacidades en un contexto en el que la educación se convierte en eje del crecimiento económico. Al mismo tiempo, desde la década de los ochenta decreció seriamente el gasto público en el ámbito de la educación **superior**,³³ lo cual se tradujo en una política de contención de la matrícula, estancamiento de las oportunidades de ingreso a la universidad pública y aumento del número de estudiantes que las universidades privadas pueden **atender**.³⁴ Si bien uno de cada nueve jóvenes encuentra lugar en alguna institución de educación **superior**,³⁵ el sistema de educación superior ha mostrado síntomas de agotamiento para estimular la movilidad social y las posibilidades de conseguir empleos se han reducido.

³⁰ Héctor Aguilar Camín, *op. cit.*

³¹ En 1970 los jóvenes entre 15 y 24 años eran casi 9.5 millones; en 1993, 19.3 millones. Véase *Agenda juvenil*, UNAM, 1996, p. 9. Hoy llegan a más de veinte millones. Cfr. Ivonne Melgar, "El mañana que no llega", *Reforma*, 3 de enero de 2000.

³² De esos 20 millones, 25 por ciento no tiene acceso a estudio o trabajo. Cfr. Ivonne Melgar, artículo citado.

³³ Véase por ejemplo Ángel Díaz Bamba, "Contexto nacional y políticas públicas para la educación superior en México. 1950-1995", en Hugo Casanova Cardiel y Roberto Rodríguez (comp.), *Universidad contemporánea. Política y gobierno*, México, CESU, 1999, tomo II, pp. 371-386.

³⁴ Roberto Rodríguez, "Planeación y política de la educación superior en México", en Hugo Casanova y Roberto Rodríguez (comp.), *op. cit.*, pp. 195-231.

³⁵ Véase *Agenda juvenil*, p. 27.

Por otra parte, aunque los jóvenes en México entre 15 y 14 años constituyen el 21.5 por ciento de la población total del país y entre el 27 y el 30 por ciento de la población económicamente **activa**,³⁶ sólo la tercera parte tiene empleo; de ellos, el 78 por ciento gana entre cero y dos salarios mínimos y la tasa de desempleo entre los jóvenes es de 12.5 por ciento, cuando la media nacional es de 5 por ciento.³⁷ Las consecuencias del desempleo son devastadoras y tienen un profundo impacto sobre el tejido social (drogadicción, desintegración familiar, corrupción, violencia, pobreza, criminalidad, etcétera), y sobre el ámbito político, afectando la estabilidad del régimen de partidos y la permanencia de los sistemas democráticos. Asimismo, al cesar de ser el trabajo el hilo conductor de las vidas de los jóvenes como factor educativo central y base de **construcción** de la personalidad se acrecienta la brecha entre ellos y el resto de la sociedad, y de manera más específica, entre los jóvenes excluidos del trabajo y quienes tienen acceso a él.

Paradójicamente, aunque ni el sistema educativo ni el laboral los pueda incorporar, el discurso continúa sacralizando a los jóvenes como el "futuro del país". Pero ya no son los hijos del "milagro mexicano", sino de la **crisis**,³⁸ en especial la de las clases medias, detenidas en sus anhelos de abundancia y futuro e irritadas por la disminución de sus perspectivas de ascenso social.

Para la generación que nació entre 1974 y 1981, la caída del Muro de Berlín significa poco, y el mundo bipolar menos aún. Su inserción en el escenario político comienza con el sitio de Sarajevo, la violencia en Somalia, Ruanda o Irak, o con la explosión de "guerras civiles" desarrolladas en la década de los noventa en todo el **orbe**.³⁹ Si bien han crecido en un entorno de libertad de expresión, pluralidad política y normalización electoral, no encuentran canales de participación **política**.⁴⁰ La experiencia del deterioro económico se

³⁶ *Agenda juvenil*, p. 20.

³⁷ Ivonne Melgar, "Cuando el dinero no es la vida", *Reforma*, 17 de enero de 2000.

³⁸ En un interesante análisis, Fernando Pérez Correa destaca que, en el caso de la UNAM, los estudiantes provienen simultáneamente de familias más, mucho más educadas, y también más, mucho más golpeadas por la crisis". Véase "¿Crisis de la universidad o crisis del sistema!", *Este País*, núm. 108, marzo de 2000, p. 52.

³⁹ Hans Magnus Enzensberger, *Civil Wars. From Las Angeles to Bosnia*, Nueva York, The New Press, 1994.

⁴⁰ A pesar de que constituyen una franja electoral apetecible alrededor de 11 millones de votos los partidos políticos no poseen una agenda juvenil.

ha manifestado, entre otros elementos, en un rechazo hacia los elementos centrales del sistema político, en una falta de credibilidad en los partidos y en toda estructura de autoridad, y en desconfianza ante las promesas gubernamentales no cumplidas: el proyecto echeverrista de "desarrollo compartido" terminó en la fractura entre el gobierno y los principales actores políticos y **sociales**; la abundancia prometida por el presidente López Portillo culminó en crisis económica; las políticas económicas antipopulistas se transformaron en recesión **durante** el sexenio del presidente Miguel de la Madrid; las promesas salinistas de ingreso al primer mundo, en asesinatos políticos y crisis económica. Si bien han nacido en la normalidad democrática, manifiestan repudio a las urnas, la política y las **instituciones**.⁴¹ A pesar de que han nacido en la relativa normalidad democrática, no se sienten parte del cambio político de México, y la transición democrática les es ajena. **Desconfiados, repudian** las urnas y las instituciones. Escépticos de discursos triunfalistas, **descreen** de la política. **Carentes** de líderes o utopías justicieras, buscan pragmáticamente un lugar de supervivencia en la sociedad.

En este contexto de suma de insatisfacciones (crisis económica, bloqueo a la movilidad social, ausencia de futuro, pérdida de referencia sociales, percepción de las limitaciones de la universidad pública, desconfianza en la política, resentimiento social, erosión de la credibilidad, debilidad institucional, estancamiento social, etcétera) se crea una atmósfera social que es caldo de cultivo para movimientos e ideologías cuya preocupación no es estrictamente la universidad sino convertir a ésta en plataforma de lucha **revolucionaria**,⁴² y que tras su discurso radical esconden, paradójicamente, perspectivas académicas profundamente conservadoras. En un entorno restrictivo, incierto y pesimista, en el que la política adquiere el lenguaje de una guerra y se resquebrajan los paradigmas teóricos e ideológicos, no es de extraviar que las reacciones estudiantiles naturales sean el voluntarismo político, el apoyo a **maximalismos**, la lucha contra las instituciones, el anti-intelectualismo, etcétera y que las nuevas prácticas políticas exploren formas de lucha y organización (**horizon-**

⁴¹ Ivonne Melgar, 'Dan la espalda a las urnas', *Reforma*, 10 de enero de 2000.

⁴² Véase por ejemplo "La huelga sin fin", edición especial de *Proceso*, 1 de diciembre de 1999.

talidad, dirección colectiva, rotatividad, etcétera) derivadas de la experiencia política que más ha marcado a esta generación: el zapatismo.

Para esta generación, el 68 les es parte de un pasado que no vivieron y del cual han escuchado más que leído. El movimiento estudiantil de entonces, democratizante y antiautoritario, constituye para una generación desconfiada del poder, los líderes y las instituciones una nostalgia utópica; su desenlace, un acontecimiento mítico. Pero los fantasmas de Tlatelolco han exorcizado cualquier impulso trágico, y treinta años han transformado profundamente las venas de la historia. Ciertamente, el conflicto estudiantil de 1999 está profundamente relacionado con el abandono de políticas para el fortalecimiento de la educación pública, pero no se creó sólo en las aulas. La universidad es un espacio especialmente sensible a las contradicciones del país, y es de esperar que el movimiento estudiantil de 1999 sea un grito de alerta al respecto.